

TONI POU

**Donde el día
duerme con
los ojos abiertos**

Un viaje científico al Ártico

Premio Godó de Periodismo de Investigación y Reporterismo



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

- Portada
- Prefacio
- 1. La soledad del pionero
- 2. Compras árticas en una ciudad tropical
- 3. El tictac de la civilización
- 4. Sir John Franklin
- 5. Nocturno en Calgary I
- 6. Inuvik o la costa de los mosquitos
- 7. «Cold cold ground»
- 8. Sucedáneo de aventura
- 9. A bordo
- 10. El Año Polar Internacional
- 11. Periodistas en el Ártico
- 12. Crónica amarilla de una muerte no tan anunciada
- 13. C. J.
- 14. «Blue rare, please»
- 15. Lujos en el Ártico
- 16. Diálogos planctónicos
- 17. Emparejadas para siempre
- 18. Lise
- 19. El primer deportista
- 20. Pesticidas voladores
- 21. Fantasías polares
- 22. Tesoros en el barro
- 23. Gombrowicz a bordo
- 24. Trevor
- 25. Chiste inuit
- 26. La vía aérea
- 27. Irrumpir en el hielo
- 28. Observar el hielo
- 29. Dulce y salado
- 30. Myriam
- 31. Ese dolor terrible en el brazo
- 32. Meteoritos en el Ártico
- 33. El torio-234 o la conexión Hemingway
- 34. Milagros en veinticuatro horas
- 35. Pasatiempos árticos
- 36. «Yo llegué primero»
- 37. La bomba física

38. De la misma pasta
 39. Fantasmas polares
 40. «Quinuituq»
 41. Dirigibles en el Polo
 42. En una gota hay un universo
 43. Ulukhaktok
 44. En Ulukhaktok
 45. Hielo picado
 46. Salsa gótica
 47. Desembarco en Kugluktuk
 48. Nocturno en Calgary II
- Epílogo
Lecturas recomendadas
Agradecimientos
Créditos
Notas

Zona de navegación del *Amundsen* durante junio y julio de 2008.



Mapa general del Ártico.

A Pere, que tiene el mundo entero por explorar

La ciencia sólo hace crecer el misterio y la belleza de una flor.

RICHARD FEYNMAN

Imponente, el cielo flamea de todos los colores, encendido por una
aurora boreal magnífica. Me concentro en la sopa que hierve en el
hornillo.

FRIDTJOF NANSEN

PREFACIO

La Antártida está habitada por soñadores profesionales. Al menos eso es lo que cuenta el cineasta Werner Herzog en el documental *Encuentros en el fin del mundo*, donde retrata la vida de la gente que vive en el continente helado. Un filósofo que conduce excavadoras, un médico que friega platos, un vulcanólogo que viste americanas de tweed en homenaje a los primeros exploradores polares, biólogos que tocan guitarras eléctricas en lo alto de una cabaña... «Personas que, en resumen, tienen la intención de saltar a los márgenes del mapa y que se encuentran, precisamente, donde coinciden todas las líneas del mapa. Viajeros a jornada completa y trabajadores a tiempo parcial; en definitiva, soñadores profesionales.»

Nada más saber que viajaría al Ártico, me pregunté si también me encontraría con esos soñadores profesionales. Unos soñadores que son el equivalente moderno de los primeros exploradores polares, que durante siglos desafiaron el hielo, el frío y las inacabables noches polares para llegar a los dos puntos más emblemáticos del planeta. No es que yo sea un soñador profesional, pero también he tenido mis momentos de sueños polares. Recuerdo, por ejemplo, que, de adolescente, durante una noche de insomnio me topé con la *Narración de Arthur Gordon Pym*, de Edgar Allan Poe, en la biblioteca de mis padres. Allí mismo empecé a leer el libro y lo acabé al cabo de pocas horas. Y durante mucho tiempo fui incapaz de separar la blancura y el vacío infinitos que caracterizan las regiones polares del final misterioso de aquella historia. De hecho, todavía no estoy seguro de que pueda hacerlo. A raíz de aquella lectura reveladora, empecé a devorar libros sobre los pioneros de la exploración polar. Durante aquellas lecturas, a menudo me imaginé como un compañero de viaje más de John Franklin, Fridtjof Nansen, Robert Peary, Ernest Shackleton, Roald Amundsen o Robert Scott, en lo que tal vez sólo era una quimera de adolescente. Años más tarde, recién licenciado en Física, empecé a trabajar en la Universidad de Barcelona en un proyecto de investigación que se desarrollaba en la Antártida. De aquellos meses de trabajo recuerdo especialmente una mañana del mes de febrero en el despacho de la facultad. Rodeado de tablas de datos y mapas del Mar de Weddell, levanté un momento la cabeza y a través de la ventana vi cómo caían, con aquella suavidad tan particular, copos de nieve sobre la expla-

nada arenosa del campus. Aquellos copos espolearon mi imaginación, que, una vez más, comenzó a volar a través del aire helado para buscar focas leopardo, fiordos de aguas cristalinas y el mismo hielo azulado de millones de años de antigüedad que debían de haber visto aquellos exploradores intrépidos o el propio Arthur Gordon Pym en la imaginación de Poe.

El último momento de sueños polares lo tuve hace unos días, cuando llegué a casa y encendí el ordenador para consultar el correo electrónico. El último mensaje del buzón iba firmado con las letras *wfsj*. Pese a las apariencias, no se trataba de correo basura, sino que, firmando con dichas letras, la Federación Mundial de Periodistas Científicos (World Federation of Science Journalists) me informaba de que había sido seleccionado para formar parte de la delegación de quince periodistas de todo el mundo que participaría en una expedición científica al Ártico canadiense. Una expedición en el marco del Año Polar Internacional 2007-2009 y que debe desarrollarse a bordo del *Amundsen*, un barco rompehielos dedicado exclusivamente a la investigación científica. Tras leer dos veces el mensaje, no pude contener cierta excitación. Hace ya algunos años que me dedico a la divulgación y al periodismo científico. Y durante este tiempo he tenido la suerte de entrevistar a investigadores de todo el mundo, visitar toda clase de laboratorios, presenciar experimentos con láseres, sustancias radiactivas, nitrógeno líquido y superconductores que levitan, de ver el color turquesa de la radiación de Cherenkov emitida por el agua pesada que rodea un reactor nuclear... Pero esto será muy diferente. Viajaré al Ártico y me embarcaré unas semanas en un barco rompehielos para convivir con científicos, observar muy de cerca lo que hacen y contarlo. Información fresca y de primera mano. ¿No es ésa la situación ideal para un periodista científico?

Pese a no tratarse de una aventura épica como las del siglo XIX, ni tener como objetivo el Polo Norte, una expedición científica a una zona tan remota e inaccesible resulta doblemente estimulante. Por una parte, está la carga emotiva de las regiones polares, que, gracias a su rigor climático, se han mantenido aisladas más que ninguna otra parte del mundo. Aquella carga emotiva de las expediciones del siglo XIX, que, con poco más que una concepción romántica de la vida, se enfrentaban a temperaturas de 50 °C bajo cero mientras vagaban por los desiertos de hielo y viento que se extienden alrededor de los polos. Por otra parte, está la ciencia, la investigación que se lleva a cabo en el *Amundsen*, una de las instalaciones científicas de vanguardia a escala mundial en su campo. Una investiga-

ción que, por el mero hecho de hacerse donde se hace, tiene una relevancia especial. Porque el Ártico es la región del planeta que está experimentando un cambio climático más acelerado. La temperatura media en el Ártico, por ejemplo, ha aumentado el doble de rápido que en el resto del mundo durante las últimas décadas. Y la cantidad de hielo, tanto en el mar como en los glaciares de Groenlandia, ha alcanzado en los últimos años mínimos históricos. En este sentido, cabe entender el Ártico como un indicador de lo que puede ocurrir en otras regiones del planeta dentro de unos años. Pero, además, en el Ártico se producen una serie de procesos que influyen en el resto del mundo. La reducción del hielo marino, junto con la disminución de la salinidad del agua como consecuencia de la fusión de los glaciares, puede alterar las corrientes oceánicas, que son las principales responsables del clima de muchas regiones del planeta.

Precisamente por todo eso, así como por el hecho de relevar a los personajes que conforman una parte del imaginario mítico de mi adolescencia, y también por formar parte de una expedición científica de primer nivel, he vuelto a imaginarme a mí mismo envuelto en pieles de foca, avanzando en medio de una tormenta de nieve, esta vez no para conquistar el Polo, sino para tomar una muestra de hielo en el interior de la banquisa. Y en esa imagen, mientras el silbido del viento vuelve más negra y más eterna la noche polar, encima de la nieve y del viento y de la noche, ajenas a toda agitación, las refulgencias mágicas de la aurora boreal tejen, como dicen algunos indios, el lecho donde duermen las estrellas. Y es así como empieza el viaje.

1. LA SOLEDAD DEL PIONERO

Si el primer paso de cualquier viaje se da con la imaginación, el segundo se da con un libro. Y ése es uno de mis pasos predilectos. Revolver estantes en las librerías y pilas de libros en los tenderetes de segunda mano, siempre en busca de algún ejemplar que tenga algo que ver con el viaje... ¡Qué placer! Hace poco, durante una de esas búsquedas en el mercado de Sant Antoni, encontré dos volúmenes interesantes. El primero, un librito en catalán, de tapas rojas y páginas amarillentas, en el que el explorador escocés William S. Bruce relata las peculiaridades de las regiones polares y las expediciones que lideró a principios del siglo xx, tanto en el Ártico como en la Antártida. La inesperada traducción de Carles Riba lo convierte en una pequeña joya literaria polar que llegó a costar, en su época, dos pesetas. En sus páginas aparecen frases como «... una reverberación de la solana revelaba un iceberg enorme y umbrío...», o como «... horadados por cuevas por las que, en fiera confusión, grandes olas se adentran hasta las mismas entrañas de estos monstruos...».

Los viajes de Bruce son interesantes, pero también relativamente recientes. Porque ¿cuándo empezaron las expediciones polares? De eso precisamente trata la segunda de mis adquisiciones: de la historia de las exploraciones polares. Resulta que si se rastrea hacia atrás en el tiempo, el auge de las exploraciones polares comienza en el siglo xv con el objetivo, por parte de ingleses y franceses, de alcanzar el exotismo de Asia por vías marítimas alternativas a las controladas por españoles y portugueses. A medida que pasaban los años, las zonas polares dejaron de ser consideradas meras zonas de tránsito y ganaron interés por sí mismas. Lo cual culminó en la obsesión polar de los siglos xviii y, muy especialmente, xix, en que todas las consideradas grandes naciones se apuntaron a la carrera hacia los polos. Pero, antes, los vikingos ya habían conquistado Islandia y Groenlandia durante el siglo ix. ¡Y en Islandia habían encontrado a monjes irlandeses! Ahora bien, la expedición polar más antigua de que se tiene constancia la protagonizó Piteas de Massalia hace más de veintitrés siglos.

Piteas fue un científico y marino que vivió en la colonia griega de Massalia, la actual Marsella, durante el siglo iv a. C. Los motivos que lo llevaron hacia el norte fueron, en un principio, comerciales. El es-

taño, un metal que se veía de vez en cuando en los mercados de Massalia y que se creía que provenía de tierras situadas al norte de la Galia, era el ingrediente necesario para obtener, adecuadamente mezclado con cobre, el bronce. Y el bronce era una aleación que permitía la fabricación de herramientas y armas más duras y resistentes. Con la idea de liderar la comercialización del bronce, algunos comerciantes de Massalia financiaron una expedición que tenía por objeto llegar más al norte de la Galia para conseguir estaño. Piteas fue el elegido para comandarla y en el año 320 a. C. zarpó del puerto de Massalia hacia los mares encantados que supuestamente había más allá de los límites del «Mundo habitable».

Guiando su nave con el sol y las estrellas, Piteas rebasó el estrecho de Gibraltar y se adentró en aguas de olas más altas y más oscuras que las de su Mediterráneo natal. Tras unos días de navegación difícil, consiguió llegar a Cornualles, el extremo sudoccidental de la actual Inglaterra, y allí llenó las bodegas de su barco con estaño. Hecho esto, podría haberse relajado paseando por las magníficas playas de la región, admirando sus acantilados imponentes y, una vez recuperado del viaje, volver a casa con la satisfacción de haber cumplido una tarea dificultosa y de una importancia económica capital para su ciudad de origen. Pero más allá del compromiso asumido con los comerciantes de Massalia, Piteas debió de sentir unas punzadas en el estómago que no lo dejaron tranquilo hasta que ordenó a los marineros que preparasen el barco porque pensaba dirigirse hacia el norte, en busca de la tierra denominada Thule.

Tras unos días de navegación, esta vez más fría, más agitada, llegó a una tierra en cuyo cielo había un «fuego siempre brillante» y que estaba flanqueada por un «pulmón de mar, una sustancia que no era tierra ni agua y que no podía ser atravesada por hombres ni embarcaciones». Piteas se refería probablemente al sol de medianoche, tan característico de las regiones polares, vislumbrado quizá a través de la neblina que a menudo confiere al aire del norte una textura casi metálica, así como a las largas ondulaciones que, rítmicamente, el oleaje marino transmite a la capa de hielo que cubre las aguas del Ártico a principios del otoño. A la vuelta del viaje, embriagado por la experiencia de haber llegado a una tierra desconocida, Piteas relató el descubrimiento a sus contemporáneos en un libro, *El mar*, cuyo último ejemplar desapareció entre las llamas que arrasaron la Biblioteca de Alejandría. Sin embargo, parece ser que en vida de Piteas, y durante muchos siglos después, *El mar* fue considerado tan sólo la fantasía de un marino extravagante. Y en parte se debió a la influencia de un reputado geógrafo, Estrabón, que ni siquiera

aceptaba que Irlanda formase parte de su «Mundo habitable» y que no creía que ningún hombre fuera capaz de llegar tan al norte hasta encontrar un lugar en el que el hielo sustituyera a la tierra. Todavía hoy no está del todo claro si Piteas llegó a Islandia, a alguna de las islas Feroe o al norte de Noruega. No obstante, recopilando testimonios escritos y referencias a la obra de Piteas, lo que sí parece evidente es que el explorador de Massalia fue el primero que, zarpando desde un puerto mediterráneo, alcanzó el círculo polar ártico.

2. COMPRAS ÁRTICAS EN UNA CIUDAD TROPICAL

Poco después de saber que viajaré al Ártico, me asalta la pregunta previa a cualquier viaje: ¿y qué me llevo? Como estamos en el siglo XXI, no me hace falta pensar en el zumo de lima para combatir el escorbuto,¹ ni en los sacos de *pemmican* (mezcla de carne seca desmenuzada y bayas), ni en los sextantes para orientarme en el mar y en la banquisa. Y, sobre todo, no es necesario cargar con esas piezas de ropa tan rígidas y pesadas que me harían sentir acorazado como un caballero medieval. Ahora bien, la modernidad también conlleva su propio equipaje. Para poder hacer mi trabajo a bordo del *Amundsen* me será imprescindible una cámara réflex digital con un mínimo de dos objetivos (el angular estándar y el teleobjetivo) y un ordenador portátil con el correspondiente disco duro externo para almacenar las copias de seguridad. Aparte de esto, poca tecnología más. El resto del equipaje consistirá esencialmente en ropa y libros, procurando no superar los veinte kilos, una restricción logística impuesta por la gran cantidad de material científico que hay que cargar en el barco. Pero ¿qué ropa? Es cierto que las semanas que pasaré en el *Amundsen* coincidirán con el verano, la época más benigna desde el punto de vista meteorológico, pero por lo que he leído, en el Ártico hay que estar siempre preparado para cualquier inclemencia. Y sería imperdonable dejar de hacer algo al aire libre por no llevar la ropa adecuada. Así que decido sobredimensionar la ropa de abrigo. No me importa pasar calor, lo que no quiero es pasar frío.

Tengo la suerte de conocer a un montañero experto, Ángel, cuyo armario me ha permitido sobredimensionar sin problemas la ropa de abrigo que me llevaré. Salgo de su casa con una bolsa tan llena de ropa técnica y de montaña que hace que me tambalee. La clave para mantenerse caliente es el sistema de capas: una primera capa de tejido térmico, ceñida y que cubra todo el cuerpo (tengo dos en la bolsa, dos monos que cubren desde los tobillos hasta el cuello); una segunda capa de forro polar (en la bolsa llevo una chaqueta y dos pantalones, uno de los cuales llega hasta las axilas) y, finalmente, una capa más externa de Gore-Tex, el material impermeable, transpirable y cortaviento por excelencia (dos conjuntos de pantalones y chaqueta en la bolsa). Además, pasamontañas, gorras, gafas de sol, diversos tipos de calcetines para seguir, también en los pies,

la estrategia de las capas, y sobre todo los guantes, también por capas: primero, guantes de lana sobre los que puede ir una manopla de forro polar y Gore-Tex, que a su vez puede cubrirse con otra manopla mayor del mismo material. Y por si acaso, un anorak de pluma de oca.

Pese a las palabras de Àngel al abrir su armario –«Contra el frío», me ha dicho, «lo que va bien de verdad es lo que utilizan los inuit: las pieles»–, mientras me tambaleo por la calle con la bolsa en la mano, me siento seguro y capaz de soportar todo el frío que se me ponga por delante. No obstante, si lo pienso un poco, no cabe duda de que las pieles tienen que ser uno de los mejores abrigos contra el frío polar, si no el mejor –hace miles de años que los inuit gestionan los rigores del Ártico–. Y no deja de parecerme curioso que, quizá por desconocimiento o quizá también por cierto orgullo occidental, no todos los exploradores europeos y norteamericanos intentasen imitar las técnicas inuit cuando la tecnología aún no los proveía de ropa técnica, forros polares y Gore-Tex. Los primeros en hacerlo metódicamente fueron el norteamericano Robert Peary, el primero, según él, en llegar al Polo Norte, y el noruego Roald Amundsen, el primero en atravesar el Paso del Noroeste y en llegar al Polo Sur. Durante sus expediciones, Peary, al igual que Amundsen, fue desarrollando un método de trabajo que combinaba las técnicas de supervivencia de los inuit con la organización europea. Peary no cargaba con tiendas donde guarecerse, construía iglús. Mientras que los británicos se abrigaban con ropa de algodón y de lana, y los escandinavos con jerséis y cazadoras de Islandia, Peary se envolvía con pieles de foca y de caribú. Mientras que la mayoría de los exploradores se debatían durante la noche en el interior de sacos de dormir tiesos por las bajas temperaturas, Peary dormía con lo que llevaba puesto. Además, ponía en práctica lo que él denominaba «Sistema Peary de exploración», si bien los británicos ya habían utilizado técnicas similares cuarenta años atrás. Este sistema dividía la exploración en tres grupos. El primero se encargaba de preparar el terreno y construir refugios en los lugares más adecuados. El segundo cargaba las provisiones y las iba dejando en depósitos situados estratégicamente, de manera que el tercer grupo, el denominado «grupo polar», podía avanzar con un equipaje mínimo y concentrar así todas sus energías en el ataque al objetivo final.

Así pues, ya tengo resuelto el problema de la ropa. Lo único que me falta concretar es qué calzado me llevaré para poder caminar con absoluta libertad sobre el mar helado. He pasado las últimas tardes visitando la mayoría de las tiendas especializadas de Barcelo-